

CAPÍTULO VII.

Cómo la sierva de Dios cifió su cabeza con una corona de espinas.

Toda la ambicion de los santos tiene por objeto la imitacion de Jesucristo: un nuevo rasgo de semejanza con él es á sus ojos un grande honor, un dulce placer, y una recompensa inapreciable. Ved á Santa Catalina de Sena: su amado Maestro le presenta una corona de espinas y otra de oro, diciéndole que escogiera, y luego queda hecha su eleccion, tomando la corona de espinas y clavándola sobre su cabeza. Ahora bien, siendo Rosa su grande imitadora no podía tener distintos sentimientos. Por otra parte, el Esposo divino no podía tampoco rehusar á su Rosa querida lo que debía poner el complemento á su belleza; porque todo el mundo sabe que las rosas sin espinas no son las más bellas. Nuestra jóven había adivinado desde muy temprano el esplendor que podía darle este precioso adorno; porque desde la edad de doce años se la vió hermostear con él su cabeza, como lo hemos dicho precedentemente; pero aquella corona no fué más que un ensayo de niño, en comparacion de esta otra cuya historia vamos á trazar.

Acaba Rosa de tomar el hábito religioso, cuando habiendo visto una imagen de Santa Catalina de Sena, que la representaba con una corona de espinas sobre la cabeza, concibió el deseo de tener un adorno igual, no encontrándose sino á medias vestida con el hábito de Santa Catalina, si se veía sin su corona. Tejió, pues, una con sus propias manos, púsosela sobre su cabeza y no la dejó jamás hasta su muerte.

Hé aquí cual era esta corona. Habiéndose procurado una lámina angosta de plata, doblóla en forma de círculo, y clavóle unos clavos con la punta vuelta hácia adentro formando tres hileras, cada una de las cuales estaba compuesta de treinta y tres clavos, en memoria de los treinta y tres años que Jesucristo pasó sobre la tierra. Luego, temiendo que sus cabellos que habían crecido despues de su vestidura no les impidiesen traspasar la piel, se rasuró la cabeza, no dejando sino los que cubrían la frente, á fin de ocultar á su madre este nuevo género de mortificacion; tuvo tambien en esto otro designio que debía de aumentar todavía sus sufrimientos, y del cual hablaremos en el capítulo siguiente. En cuanto á los dolores que le causaba este cruel instrumento de martirio, es más fácil el comprenderlo que expli-

carlo; sin embargo, no dejaré de hacer aquí algunas reflexiones. Esta corona siempre molesta, llegaba á ser más ó ménos desgarradora segun los diversos movimientos de la santa; pero sobre todo, sufría horriblemente cuando alguna postura ó cualquier accidente atirantaba los músculos de su cabeza, lo que sucedía por ejemplo, cuando tosía ó estornudaba, ó bien cuando tenía que inclinarse para coger alguna cosa del suelo: entónces experimentaba una contraccion en el semblante y sobre todo en la boca, producida por el extremo dolor que aquella terrible corona le causaba, y que llegaba á veces hasta quitarle el uso de la palabra.

Las llagas formadas por los clavos llegaron, en fin, á hacerse tan sensibles, que se vió obligada á darse algun descanso; sacólos hasta la mitad por medio de unas pinzas, para impedir que penetrasen muy adentro en las llagas; pero nunca dejaba de hundirlos de nuevo todo los viérnes, para ejercitar mejor la compasion hácia su divino Salvador. Se preguntará quizá, ¿porqué prefirió esta corona de puntas de hierro á una corona de espinas que la habría hecho mas conforme á su modelo? Respondo, que primero había pensado en ella, pero su confesor se opuso, temiendo que las espinas no le hiciesen llagas demasiado peligrosas. Despues

ella misma conoció que una corona semejante la traicionaría por su figura irregular que no podría disimular lo suficiente bajo su tocado. Pensó tambien en el inconveniente de que las espinas se saldrían de su cabeza al secarse, y aun por su misma ligereza á ménos de clavarlas con violencia, lo cual produciría una tortura insoportable.

El amor de Rosa por los sufrimientos se iba haciendo cada dia más insaciable, y encontró un medio de variar sus males y hacerlos más acerbos, sin cambiar de instrumento. Así por ejemplo, tenía cuidado al ponerse todas las mañanas la corona, de cambiarla de situacion, á fin de multiplicar poco á poco las heridas de la cabeza, hasta que formasen un círculo de llagas no interrumpido. Tomó tambien la costumbre de bajarla los viérnes y sábados para herir los cartilagos de las orejas, y sobre todo las sienes cuya carne es tan sensible, para obtener que se aumentasen sus tormentos.

Esta maceracion tan cruel fué por mucho tiempo un misterio para las personas de la casa y aun para su madre. El mismo confesor, que había aprobado este género de penitencia, porque no hacía ella nunca nada sin su consentimiento, no había llegado á ver esta corona, y estaba léjos de sospechar los diversos usos que hacía de ella para a-

tormentarse. Pero la divina Providencia quizo en fin descubrirlo todo, tanto para gloria de su sierva como para edificacion de los demás. Hé aquí, pues, cómo fué traicionado este secreto. Persiguiendo un dia su padre á uno de sus hijos con la vara en la mano, se interpuso Rosa pidiendo gracia para el culpable; el padre, queriendo apartarla, golpeóle la cabeza precisamente en el lugar de la corona, y he aquí que inmediatamente comienzan á correr tres rios de sangre sobre su frente. Desconcertada por este accidente que comprometía su secreto, la santa jóven corrió precipitadamente á su aposento, y al punto quitándose la corona y lavándose la cabeza, cubrióla con unos lienzos para limpiar la sangre que corría, y volvió á ponerse su tocado tan pronto como le fué posible. Apenas había acabado esta operacion, cuando su madre entró con Mariana y le preguntó en donde la había lastimado su padre; Rosa entrecortada no pudo más que balbucear una respuesta insignificante que la valió la orden de quitarse la toca. No tengo necesidad de decir cuál fué la sorpresa de esta pobre señora á la vista de aquella cabeza tan horribilmente maltratada; vió muy bien cual había sido la causa de estas heridas, y sin embargo, juzgó prudente no decir nada respecto á esto; no hay duda que

habría querido hacerse entregar la fatal corona, pero conocía bastante á su hija para saber que una vez privada de este instrumento, no dejaría de recurrir á alguna nueva invencion quizá más cruel todavía. Aparentando, pues, no echar de ver nada, á fin de darse tiempo para reflexionar acerca del medio mejor de hacer cesar esta maceracion espantosa, mandó llevar vino tibio con el cual lavó las heridas, aparentando creer, ó creyendo tal vez que esto bastaría para curarlas.

Entre tanto, despues de algunos instantes de reflexion, creyó que lo mejor que podía hacer, era recurrir á la autoridad del P. Villalobos, rector del colegio de la Compañía de Jesus en Lima, en quien su hija tenía una gran confianza; y era por otra parte hombre de virtud eminente y muy célebre por su habilidad en conducir á las almas por los caminos de la santidad. El padre, despues de haber oído la relacion que le hizo la madre afligida, escribió á Rosa que tuviera á bien enviarle inmediatamente la corona de que se servía para torturar su cabeza. La obediente virgen llevósela al momento, sin atreverse á tomar el tiempo de enjugar la sangre que la enrojecía. El padre no pudo ménos de experimentar un sentimiento de horror y de compasion al aspecto de esta

formidable corona, y juzgándola demasiado cruel para una persona de aquella edad y del sexo débil, púsose á darle algunas razones para disuadirla de servirse de ella en lo de adelante. Viendo Rosa que el Padre no usaba de su autoridad, contra lo que ella esperaba, animóse á oponer sus razones á las que él hacía valer para persuadirla, y defendió tan bien su causa que fué preciso convenir en un arreglo. El Padre consintió en devolverle la corona, á condicion de que ella le prometería suavizar sus rigores. Habiendo Rosa aceptado esta mitigacion, tomó una lima con la cual acortó un poquito la punta demasiado acerada de los clavos, para impedir que abriesen heridas tan profundas y peligrosas.

La santa jóven quedó encantada de recobrar su corona, aunque hubiese perdido á sus ojos algo de su precio: por lo demas bien supo hallar el modo de alcanzar que le sirviese como de ordinario, clavándola con mas violencia que ántes; y esto es lo que no tardó en descubrirse tambien por un accidente. Habiendo caído un dia hasta el suelo, y chocando su cabeza ligeramente contra un mueble, corrió la sangre hasta por sobre la espalda; como su madre estaba ausente, Rosa no hizo más que reir de este accidente. Pero ya basta de hablar de los ri-

gores de esta maceracion; digamos una palabra de las gracias que á ella debió la santa. La Iglesia exalta la corona del Salvador, contando lo que sigue: "¡Oh dichosa corona cuyas espinas han destruido el poder del tirano infernal!., Y nuestra virgen tambien con la suya supo triunfar de la maldad del demonio, y si su victoria no fué tan completa, fué para el vencido aun mas vergonzosa, pues en efecto, cada véz que este monstruo se atrevía á acercársele y á sugerirle malos pensamientos, no necesitaba para ponerle en fuga mas que golpear unas tres veces con el dedo la corona, en honor de la Santísima Trinidad.

Mas lo que se refiere de la virtud de esta corona, despues de la muerte de la santa, es aun más admirable. Un siervo de Dios, despues de las exequias de la santa, fué á la casa de Don Gonzalo, llevado por el deseo de tocar devotamente algun instrumento de penitencia del cual se hubiese servido Rosa para macerar su cuerpo virginal. Pusiéronle en las manos la terrible corona, cuya virtud experimentó inmediatamente, pues nunca, en ofecto, había sentido un amor de Dios tan ardiente, y su corazon se liquidaba en cierto modo, y sus consuelos eran tan dulces que le parecía estar gustando las delicias del cielo.

Era un uso en este país como en otros muchos, el coronar de flores los cuerpos de las vírgenes despues de su muerte. Ahora bien, quizo la Providencia que no se encontrasen ningunas en el momento de la sepultura de nuestra santa: habríase dicho que habían huido de aquella comarca en la cual abundan, y en una estacion que les es propia, para no deslucir con sus colores terrenos, aquella Rosa toda del cielo. Entre tanto, las personas encargadas de su santo cuerpo no se resolvían á entregarle así sin coronarla á los que venían á llevarlo á la iglesia; y estos no querían consentir en ningún retardo. ¿Qué hacer pues en esta coyuntura? Los criados tuvieron un pensamiento al cual quizá no fué estraño el Espíritu Santo. La sierva de Dios poseía durante su vida, una estatua de Santa Catalina de Sena que tenía cuidado de adornar con gran devocion; esta estatua llevaba todavía una corona de flores con la cual se le había ceñido recientemente la cabeza. Habiéndola visto por casualidad alguno de la casa, en la dificultad en que se encontraban, fué á tomarla y vino á ponerla sobre la cabeza de la difunta. Todos los que estaban presentes aplaudieron esta acción, diciendo que la vírgen de Sena cedería con gusto su corona de honor á la vírgen de Lima que

á su ejemplo había llevado una corona de espinas.

Efectivamente, el cielo juzgó del mismo modo, porque Rosa en ese momento era coronada allí con el mismo aparato que había tenido lugar para su santa patrona, como llegó á saberse por una vision; hé aquí el hecho. Cuando nuestra bienaventurada entregó su alma á Dios, una persona muy conocida por su santidad, estando en oracion, fué favorecida con una vision imaginaria relativa á este grande acontecimiento. Vió en medio de un innumerable ejército de espíritus angélicos, una tropa gloriosa de vírgenes que se adelantaban hácia el trono de la Augusta Trinidad, en medio de las cuales se encontraba nuestra santa, cubierta con un vestido de blancura deslumbrante, y llevando una palma en la mano, pero no tenía como las otras la corona en la cabeza; la divina María la esperaba en pié sobre las gradas del trono, y se veía brillar entre sus manos reales la corona que Dios le destinaba. ¡Oh! cuánto debía bendecir Rosa aquellos clavos que tantas veces habían ensangrentado su cabeza, cuando recibió de tan divinas manos su diadema eterna! No hay, pues, mucha distancia de una corona de espinas á una corona de gloria. ¿Qué más se

necesita para hacernos llevar, no digo con resignacion, sino aun con alegría, el peso de las penas de la vida y de las mortificaciones de la penitencia?

CAPÍTULO VIII.

Del lecho de santa Rosa y sus prolongadas vigiliass.

Esta generosa virgen llevaba tan léjos el aborrecimiento que tenía á su cuerpo, que despues de haberle hecho todo el dia una guerra encarnizada, se aplicaba todavia á turbar su sueño ó á hacérselo penoso. En efecto, su cama era más propia para quitar el sueño que para atraerlo: pues á fuerza de industria llegó al grado de desnaturalizarla de tal suerte, que era ménos un lecho de descanso que un instrumento de suplicio; no lo cambiaba en nada por sus enfermedades, y cuando estaba con salud, para tener más tiempo que consagrar á la oracion, acortaba su descanso en cuanto le era posible. Ahora bien, esta doble mortificacion no era en ella un hábito reciente, pues lo había contraído desde la época en que dejó de ser una niña. Habiendo notado su madre los medios que tomaba para hacer el sueño penoso y casi imposible, creyó hacerla dejar esta aus-

teridad, obligándola á compartir su propio lecho; mas engañóse, porque esta medida sólo sirvió para juntar con el mérito de su mortificacion el de su obediencia. Tan luego como su madre se dormía, la santa niña se iba alejando poco á poco hasta que se encontraba acostada en la madera de la cama, y entónces se ponía por almohada un ladrillo con que había tenido cuidado de proveerse de antemano. Cuando vió que esta astucia le salía bien, perfeccionó su plan de mortificacion, sustituyendo al ladrillo con una piedra bruta y llena de asperezas. Mucho tiempo estuvo su madre engañada con estos piadosos artificios; pero al fin, habiéndola cogido una vez en el hecho, se mostró muy disgustada y le hizo sentir su mal humor diciendo: "¿Cómo calificar esta conducta, hija mía? ¿no es esto abstinacion y perfidia? Mas puesto que estás resuelta á engañar á tu madre, mejor quiero dejarte libre para acostarte en el suelo; puedes, si quieres dormir en una cama de tablas, solamente pongo dos restricciones á la libertad que en este momento te doy, y es, que estenderás un cobertor sobre las tablas y harás uso de una almohada para la cabeza.,"

Esta licencia, aunque expresada de una manera tan poco graciosa, hizo estremecer á Rosa de alegría, y valió á su madre las

demostraciones del más vivo agradecimiento. Cuando llegó el día, despues de haber hecho sus ejercicios acostumbrados, su primer cuidado fué aprovecharse de la concesion que su madre le habia hecho: en consecuencia, habiendo ido á buscar algunas tablas viejas al granero, las ajustó en un rincón de su aposento, estendió encima una tosca tela y puso á la cabecera dos cojines bastante miserables para que por lo ménos diesen á este aparato una figura de lecho; en efecto, no estaban allí más que de aparato, porque cuando llegó la noche, llevada por su atractivo más poderoso que los preceptos de su madre, los sustituyó por un trozo de madera deforme, y puso unas piedras debajo de la tela sobre la cual iba á acostarse. ¡Qué cama para una persona tan jóven y delicada! Pudo juzgarse más tarde de los cardenales que las protuberancias de estas piedras debieron haberle hecho, cuando se observó que habían entrado en las tablas en donde estaban. No contenta con poner las piedras debajo de su cuerpo, había tenido cuidado de colocarlas de los dos lados para recibirla, cuando la incomodidad la obligara durante el sueño á cambiar de postura.

No se trataba más que de escapar á las investigaciones de su madre, y Rosa tomó muy buenas medidas para este efecto. To-

das las mañanas, al dejar el lecho, ocultaba debajo su aparato de penitencia, y volvía á ponerlo en el estado en que debía quedar segun lo convenido: sólo Mariana podía descubrir su secreto y traicionarla; pero Rosa se anticipó confiándole todo, bajo la promesa formal de no decir nada; obtuvo de ella tambien, por temor de una sorpresa, que no quitaría las tablas para barrer el aposento, ó que por lo ménos escogería para esto un tiempo oportuno, y volvería á ponerlas inmediatamente. Despues de haber tomado estas prudentes precauciones que ponían su secreto en seguridad, continuó muy contenta esta cruel práctica por largo tiempo; si bien al fin acabó por cansarse de ella, aunque por muy diversas razones de las que nos hacen disgustarnos de nuestras penitencias. Creciendo siempre el aborrecimiento que tenía á su cuerpo, á medida que avanzaba en la perfeccion, esta maceracion llegó á ser para ella una práctica pueril; esto no es, díjose á sí misma, más que un ensaye de niña, y ahora que hemos crecido, necesitamos una vida todavía más austera.

En consecuencia, concibió el plan de una cama espantosa y lo ejecutó del modo siguiente: puso atravesados en su lecho siete leños, atándolos fuertemente con unas cuerdas; luego llenó los intervalos iguales

de fragmentos de teja y de vajilla procurando volver hácia arriba sus partes más ofensivas y apretándolas de manera que no cedieran al peso del cuerpo. En fin, para borrar las desigualdades formadas por estos fragmentos desemejantes, llenó los intervalos de pedazos de criba, de cilicio y de otras materias no ménos propias para atormentarla. Mas no bastó esto todavía á su mortificacion insaciable; pues habiendo sabido procurarse un frasco lleno de hiel, lo ocultó cerca de su cama, y todas las noches, al acostarse, tomaba esta bebida en memoria de la bebida amarga que los verdugos ofrecieron á Jesucristo en su pasion. Esta amargura, segun las confesiones que tuvo que hacer posteriormente, no era para ella, en el momento de tomarla, más que un medio tormento; pero al despertar, se hacía insoportable, porque entónces sentía ardiendo su boca y su garganta tan seca, que no podía hablar ni aun respirar sino con mucha dificultad.

Todo esto esplica el horror que Rosa tenía á esta cama, al grado de que sólo el verla ó pensar en ella era suficiente para hacerla temblar de pies á cabeza. Todas las noches, cuando era preciso ir á acostarse, se sentía acometida de una calentura que la hacía sudar en abundancia, previendo cuan-

to iba á tener que sufrir toda la noche. Llegó esto á tal punto, que al cabo de cierto tiempo faltó poco para que la abandonara todo su valor.

Una noche fué tan viva la repugnancia que sentía de acostarse sobre este lecho de dolor, que estuvo deliberando largo rato sin poder determinarse á hacerlo; tal vez iba ya á ceder á la tentacion, cuando se le apareció Jesucristo bajo una forma visible, y con un semblante extremadamente gracioso le dijo estas palabras alentadoras: "Acuérdate, hija mía, que el lecho de la cruz sobre el cual dormí el sueño de la muerte por tu amor, fué mucho más duro, más estrecho y más espantoso que el tuyo. Es verdad que yo no tenía piedras debajo de mis espaldas como tú; pero los crueles clavos traspasaban mis miembros, y por estas anchas heridas perdí toda mi sangre. La hiel tampoco me fué escaseada, porque bien puedo llamar con este nombre la amarga bebida que los verdugos me presentaron en medio de un ardor intolerable. Pues bien, hija mía: medita esto sobre tu lecho de dolor; compara mis sufrimientos con los tuyos, y la caridad te dirá sin duda ninguna que tu lecho es una cama de flores." Estas palabras conmovieron á Rosa tan sensiblemente, y reanimaron su valor de tal manera, que no vol-

vió á desmentirse en lo sucesivo, á pesar de que continuó durante diez y seis años enteros esta horrible maceracion.

Lo que hubo de más admirable en todo esto, es que su madre sabía que ejercía contra sí misma esta santa crueldad, la desaprobaba, y no obstante, la dejaba hacerla: vióse muy tentada dos veces á abrumarla con reproches y aun á hacerle pedazos aquella cama; pero se sintió detenida en este doble proyecto por un remordimiento de conciencia extraordinario. Recurrió á la autoridad de sus directores; pero estos, después de largas deliberaciones, no se atrevieron á oponerse á su penitencia, lo cual probó bien, que le era inspirada por el Espíritu de Dios.

Es preciso hablar ahora del cojin que esta santa jóven ponía debajo de su cabeza. Primero se había servido, como hemos dicho antes, de un rollo de género muy tosco, luego de unos ladrillos, después de una piedra cuya superficie estaba cubierta de asperezas, luego de un saco lleno de astillas de madera, y por último, de una almohada de lana, pero á la cual había mezclado los fragmentos de junco de un cesto. Esta última invencion no fué la ménos cruel; porque aparecía la santa todas las mañanas con el rostro cubierto de heridas. Viéndola su ma-

dre tan desfigurada, no podía adivinar la causa, creyéndose segura de que no había más que lana en la almohada; pero un día, habiendo por casualidad pasado la mano por encima, descubrió la astucia, y quedó tan disgustada que llenó á su hija de injurias. (1).

Mandóle, en virtud de la santa obediencia, que vaciara la almohada y la llenara con lana sin mezcla de ninguna cosa. Rosa obedeció á este mandato, más que literalmente, pues hizo, en efecto, entrar tanta lana llenándola y apretándola, que quedó el cojin redondo como una bola y duro como una piedra; tanto, que creyó haber vuelto á encontrar el leño que su madre le había quitado. Cuando ésta conoció el nuevo artificio, no sabiendo ya qué hacer, llamó á Rosa y le dijo: "En verdad que me has obedecido, Rosa mía, puesto que la almohada no tiene más que lana; me has obedecido demasiado, porque á fuerza de llenarla, has sabido hacer de un alivio corporal un instrumento de penitencia. ¿Qué te mandaré, pues, de hoy en adelante? nada, hija mía; maltrátate como quieras, si abrevias tu vida, yo me lavo las manos, eso es asunto tuyo..". No había cosa que pudiera ser más agradable á la jó-

(1). No sólo de palabras, (dice la vida antigua,) sino que le ponía la mano, azotándola fuertemente.

ven que esta resolucion de su madre, la cual no tenia intencion de cumplirla: pues solo habia de su parte, un ardid de guerra para arrancar á la piedad filial por seduccion lo que no podia obtener por autoridad.

Cuando vió que este medio no le daba mejor resultado que los otros, fué á implorar de nuevo la proteccion de los religiosos que guiaban á su hija por los caminos de la salvacion. Despues de haberles hecho una pintura tierna de sus austeridades de todo género, y en particular de la cama espantosa en la cual descansaba su cuerpo extenuado y casi aniquilado, solicitó de su compasion y obtuvo el permiso de destruirla. Me sería difícil pintar la alegría que este triunfo le hizo experimentar, y el celo que puso en ejercer sobre este lecho odioso su venganza maternal. Al entrar á la casa, va derecho al aposento de su hija, arranca y destroza la cama sin ningun instrumento y con tan pocas precauciones que sus manos quedan todas ensangrentadas. Cuenta los pedazos de vasijas y encuentra que son trescientos, y arrójalos al rio, para sustraerlos á las manos de Rosa que tal vez querría servirse de ellos nuevamente.

La santa jóven, privada de su amado lecho de dolores, tuvo que ocuparse en formar otro, que quedó hecho muy pronto. Vol-

vió á poner las tablas en su antiguo estado y cubriólas con un mal jergon; allí era donde llamaba todas las noches al sueño á reparar sus fuerzas agotadas. Una cama semejante no tenía nada de agradable á la naturaleza; y no obstante, parecióle todavía demasiado favorable á la sensualidad. Así es que, habiendo dejado en este tiempo la casa paterna para pasar á la del contador D. Gonzalo, se aprovechó de la libertad de que gozaba para adoptar un modo de descanso más incómodo, y que conservó todo el resto de su vida. Habiéndola puesto en un pobre aposento en donde se acostaban las hijas más pequeñas de su bienhechor, no se le dió cama porque deseaban que ocupase la de las niñas. Este arreglo le agradó mucho y sirvió perfectamente á su designio; pues cuando quería dormir, lo hacía sentada en una silla, y con la cabeza apoyada contra la cabeza de la cama de las niñas. Todo el mundo sabe cuán penoso es el sueño en esta posicion incómoda; y así el suyo era muy corto y frecuentemente interrumpido por el malestar que experimentaba; y sobre todo en el invierno, su descanso era un verdadero suplicio; pues no teniendo ni fuego ni cobija para defenderse del rigor del frio, se despertaba á cada instante toda resfriada, temblando y con los pies tan helados

que apenas podía tenerse en pié.

Entre tanto, el recuerdo de su antigua cama veníale sin cesar á la memoria, y no dejaba de quejarse á su confesor de la triste vida que la hacían llevar. "Pensad, pues, Padre mio, decía, que mis dias se estan pasando en una completa inutilidad; ya no hago penitencia; todo ejercicio de la virtud de la paciencia ha llegado á serme estraño, gracias á vuestra excesiva indulgencia. Hay un título que dais en vuestros cantos á nuestro Padre Santo Domingo, y que en lugar de alegrarme me traspasa el corazon: cuando os oigo que le llamais rosa de paciencia, me digo llorando: yo tambien soy Rosa, pero no de paciencia, porque nada tengo que sufrir; y por consiguiente ya no merezco ser considerada como la hija de tal padre. Depositario de los secretos de mi alma, nadie sabe mejor que vos, que yo no hago ningun bien; permitidme, pues, por lo menos afligir á mi cuerpo para humillar y purificar mi alma." El confesor, vencido por semejantes asaltos, permitióle servirse de una cama igual á la que tanto echaba de menos, durante la cuaresma del presente año y la del año siguiente que fué el último de su destierro en este mundo. La santa jóven tuvo cuidado de no perder una gracia tan deseada; pero usó de ella tan secretamente que nadie

lo echó de ver; y para que esta cama no traicionase su secreto despues de su muerte, tuvo cuidado de destruirla al fin de la última cuaresma.

La privacion de este lecho fué el único pesar que experimentó en sus últimos momentos, y esta pena la hizo derramar muchas lágrimas; pues no podía acostumbrarse á la idea de morir sobre la paja, mientras que su Salvador había muerto sobre la cruz. Así pues, cuando sintió que la muerte se aproximaba, suplicó á las personas que estaban presentes que la pusieran en el suelo; mas viendo que su súplica era inútil, pidió que le quitaran la almohada que sostenía su cabeza. Su hermano, creyendo sin duda que le incomodaba, se apresuró á quitársela; lo que fué para ella motivo de un grande gozo, porque teniendo la cabeza y las espaldas sobre la madera, tenía por lo menos esta pequeña semejanza con Jesucristo.

La dureza de la cama, junta con sus otras maceraciones, era más propia para desterrar el sueño, que para llamarlo: así es que dormía muy poco, y sus insomnios no fueron la menor de sus mortificaciones, ó mejor diré, que eran la más rigurosa de sus penitencias. Este era el parecer de Santa Catalina de Sena quien confesó un dia al P. Raimundo su confesor, que de todos sus e-

nemigos, el sueño le había parecido el más difícil de vencer. Sin embargo, la santa triunfó de él, y Rosa, usando de los mismos medios obtuvo un éxito semejante. Cuando lo vió al fin sometido á su voluntad, distribuyó su tiempo de la manera siguiente: de las veinticuatro horas del día, consagraba doce á la oracion, diez al trabajo de manos, y dos al sueño y á las otras necesidades corporales. Por lo demás, no le costó poco trabajo el poder permanecer fiel á este arreglo, porque el demonio no perdonó nada para hacérselo imposible; si quería recitar maitines, no podía leer porque sus ojos estaban oscurecidos: cuando quería hacer oracion no sabía qué postura tomar, pues si se ponía de rodillas cerrábansele los ojos á pesar suyo, como si fuesen de plomo; si se mantenía en pié, veníanla unos vértigos que la hacían caer al suelo; si se postraba en tierra con los brazos en cruz, se dormía inmediatamente. Avergonzada de encontrar tanta resistencia en un enemigo tan despreciable, imaginó hacerse una nueva arma que la hizo al fin salir victoriosa: habiendo mandado hacer una cruz de un tamaño un poco más grande que su estatura, y cuyos brazos estaban provistos de dos clavos capaces de resistir el peso de su cuerpo, la enderezó contra la pared, y cuando quería hacer oracion durante en

la noche, se ponía suspendida allí por todo el tiempo que duraba este ejercicio. Desde entónces ya no tuvo nuevos combates que sostener contra el sueño, pues este enemigo quedó vencido, y vencido por la cruz, como lo había sido el demonio que lo suscitaba.

CAPÍTULO IX.

Amor de Rosa á la soledad.

Cómo huía de las conversaciones. Hace una celda en la casa de sus padres.

Durante la infancia de Rosa, las niñas de la vecindad venían muchas veces á jugar á su casa, y la estrechaban vivamente á tomar parte en sus diversiones inocentes; pero había en ella demasiada madurez para poder acomodarse á estas niñerías. Después de muchas tentativas inútiles, creyeron encontrar un medio de asociarla á sus placeres, proponiéndole jugar á las muñecas: al efecto, cada una toma la suya, y llegan muy contentas y alegres á visitar á nuestra santa niña: allí trabajan como á porfía en adornar sus muñecas, y se las enseñan para estimularla á seguir su ejemplo; mas viendo que Rosa ni aun se mueve, le preguntan en donde está la suya. Rosa responde que no tiene ninguna, ni quiere tenerla, y rehusa aún